

ESTUDIO SOBRE LA SUPERFLUIDAD DE LA CIENCIA POLAR

PENSÉ en un principio, mis amados lectores, ofrecerles un artículo festivo, atendiendo a altos requerimientos; pero mi pensamiento primero quebróse, como copa de finísimo cristal, al choque de varias consideraciones que, no por ser brutales, sino por haber surgido bruscamente en mi cerebro, enrarecieron su atmósfera, la del cerebro, y quebraron ese pensamiento. La primera de esas consideraciones es que un artículo festivo no puede producirlo más que un Domingo, un Ascensión, un Natividad, un Pedro, una Concepción, una Asunción, etcétera, etcétera, por ser festivos, pero no yo, que apenas me llamo Juan. Las otras consideraciones me las sugirió el momento, este momento actual, pleno de trascendencias. Publicar un artículo local, ofrecerlo «gratis et amore» al público, es completamente idiota, y si no pregunten a cualquier propietario si les ofrecen gratis un local, con el precio que hacen los alquileres. Un artículo general no puede publicarse ahora, porque las circunstancias mandan; para un artículo internacional no es el lugar apropiado y corre el riesgo, sobre todo si va en tercer lugar que lo tomen por donde quemay crean que es la III Internacional y me apliquen los mores de bolchevique o moscovita.

Por lo tanto, he decidido escribir en serio, que es un lenguaje que no todos lo entienden, y remontarme a regiones elevadas, a las más elevadas de la tierra, al Polo Norte. Muchos se quedarán fríos al darse cuenta de esta mi actitud; pero nada de extraño tiene que entre los hielos del Polo se quede uno más frío que cuando le presentan la cédula con recargo.

* *

Escribo este artículo en el momento culminante en que Admunsen, el explorador de las tierras árticas, camina hacia el Polo. Ustedes, mis queridos lectores, creerán que esto del polo es un juego; no son ustedes solos, pues muchos hay que salen de casa para jugar al polo y otros al water-polo, que no debe confundirse nunca con el water-closs, aunque todo es cuestión de aguas más o aguas menos. La expedición de Admunsen al Polo es cosa seria, muy seria, aunque no tanto como antes, porque en expediciones anteriores la vida era de perros; si habían de caminar, los perros tiraban de los trineos; si habían de calentar las chozas de hielo, el «chaufage central» corría a cargo de los perros; y si faltaban los víveres, los perros pagaban el plato, porque se los comían. De ahí el nombre de can que se aplica al perro y que significa el primer bocado que atizaban los exploradores hambrientos a los pobres perros...

Hoy ha variado mucho la cosa; el viaje al Polo lo han iniciado sustituyendo a los perros con caballos, los de los motores de los aeroplanos; el «chaufage central» corre a cargo de unos boxeadores, que al que sienta frío le atizarán una tanda de mamporros que le encenderán el pelo. Además tienen el moderno sistema de las broncas, de esas que arde Troya.

* *

Yo no sé qué trascendencia puede tener una expedición al Polo Norte, a no ser el placer de ver la aurora. Yo veo todos los días una Aurora, bastante feilla por cierto, y no me ha hecho falta cambiar de residencia. ¡Hasta parece que me persigue!

Supongamos que los expedicionarios han llegado al mismo Polo. ¡Y qué! Ven que la brújula empieza a dar vueltas, como si de repente se hubiera vuelto bailarina rusa. Sin ir al Polo vemos los «tios-vivos», que dan bien de vueltas, o si nos cuelean un dero falso le damos más vueltas entre nuestras manos que una niñera a un niño cuando le acompaña un asistente.

Comprenderíamos la utilidad de estas expediciones al Polo si el resultado de ellas fuese el descenso de las subsistencias y los alquileres, la solución de los múltiples problemas sociales, la desaparición definitiva de toda amenaza de guerras, que las cupletistas cantasen bien o que las bailarinas fuesen guapas. Pero, ¿qué van a conseguir esos señores llegando al Polo Norte? ¿Qué ha conseguido Einstein con eso de la relatividad? Porque yo no le he entendido ni una palabra, y los demás tampoco. Y sigo fumando mal tabaco y costándome muy caro, y me veo obligado a trabajar desde que empiezo a despertarme hasta que me quedo dormido del todo.



Lezo desde la fábrica de la Real Compañía Asturiana

Dicen que todos los sabios y hombres de ciencia del mundo están pendientes del resultado de la expedición de Admunsen. Algunos gobiernos, para darse el postín de que protegen a la ciencia, piensan enviar otras expediciones en busca de la de Admunsen, y éste lanza el primer aviso diciendo que esperamos sentados, porque piensa

pasarle en el Polo tan ricamente hasta el otoño del año que viene.

* *

Yo también organizaría una expedición a alguna parte. Al Polo no me animo, porque los resfriados siempre le fastidian a uno; al centro de Africa, tampoco, porque soy hombre de buenos sentimientos y me daría mucha pena pasarme el día matando leones, leopardos, tigres y rinocerontes, sobre todo rinocerontes, tan simpáticos, con ese cuernecito que tienen sobre la nariz y que les rompe todos los moqueros. Pero si tuviera la suerte que tienen esos exploradores polacos de que todos los ricos me ayudaran con miles de dólares y de libras esterlinas, organizaría una expedición a diversos puntos, y serían más interesantes. Además, el público tendría la ventaja de que todos los días sabría de mí, porque yo escribiría largo y tendido, sobre todo tendido, y no haría lo que Admunsen, que no envía noticias, y parece una de las tres niñas de la calle de Hilarión Eslava, de Madrid, que un día aparecen para volver a desaparecer.

* *

Quedamos, pues, mis queridos lectores, en que tanto a ustedes como a mí ¡plín! El que llegue Admunsen al Polo nos dejará un poco fríos, pero no por eso el mundo dejará de dar vueltas, el duro dejará de valer cincuenta «gordas» y de aquí a cien años todos calvos.

Y perdonadme que no os haya ofrecido un artículo festivo, pero ya sabéis cuál es la causa y además no estoy para fiestas.

NEPOMUCENO.